

Para decirme ; tuya ! me llamaba ;
Besé sus labios, se tornaron rojos....
¡ Era el beso primero que le daba !

MANUEL DEL PALACIO.

ESPADAS SON TRIUNFOS

La vida militar, política y social del General José Antonio Páez, suministra materia para fabricar más de veinte poemas de á quinientas páginas cada uno.

En el año de 1850, el mencionado General pasaba de los sesenta años de edad ; era tipo perfecto de robustez física, de claridad mental y verdadera efigie del veterano valiente, tal cual lo imaginamos y conocemos, los que hemos visto y estudiado de cerca los restos de los obreros de la guerra grande de Colombia. No muy alto el cuerpo del General, su organización era sólida y bien proporcionada. A la verdad, era un poco obeso, cargado de espaldas, de ancho pecho y rígidos músculos. Cuando se ponía de pies hacía pensar en la belleza de formas del célebre *Torso* del Museo del Vaticano, tan admirado, se dice, por aquel rey de los artistas á quien llama el mundo Miguel Angel. Completábase la fisonomía de Páez en semejante época, con una cabeza cubierta de canas y con una cara adornada de pera y bigote blancos, como si fuesen hechos por la aglomeración metódica de una madeja de hilos de plata simétricamente recortados sobre fondo cobrizo.

Yá había nuestro héroe vacado de sus faenas militares tan cuidadosamente narradas por la historia patria, y yá, como la mayor parte de nuestros Presidentes de República, había experimentado personalmente cuanto tiene de voluble y de incierto el giro caprichoso de la rueda de la fortuna política. Estaba á la sazón desterrado de Venezuela, y golpeaba á la puerta de la gran República del Norte, pidiendo hospitalidad y abrigo.

Cuando un célebre personaje llega á una gran ciudad norteamericana ó europea, acontece que se lo disputan hosteleros y periodistas ; los primeros para provocar aumento de concurrencia á sus establecimientos, y los últimos para acrecentar las suscripciones de sus diarios.

Eso, ni más ni menos, sucedió con el prócer venezolano, quien por fin de cuentas, no pudiendo alojarse en todas las posadas á la vez, lo hizo en la casa de Astor, recomendada entonces por su lujo y por sus grandes comodidades. Los papeles públicos se llenaron de artículos encomiásticos, y entre pomposas biografías, salutations acaloradas, numerosas visitas, serenatas, invitaciones oficiales y pruebas de distinción llegadas de todas partes, el caudillo del Apure fue objeto por muchos días de los más espléndidos agasajos.

Pasado el primer flujo de exaltación general, la morada del insigne batallador quedó como centro de diarias reuniones, en que sus amigos particulares buscaban agrado y hallaban entretenimiento.

Una tarde estaban algunas personas de visita en su casa, y se solazaban íntimamente oyendo la relación ingenua y sencilla de va-

rios hechos y accidentes ocurridos en sus campañas. A una de ellas debo el conocimiento de la anécdota que paso á referir.

Se trataba del General Bolívar, y Páez tenía la palabra.

— Ustedes saben, decía, que ni soy literato, ni filósofo, ni gran razonador. Yo me tengo simplemente, lo que no es poco, por soldado en el pleno goce de un arreglado y simple sentido común; pero la poquedad de mis facultades no me impide aplicarlas á la apreciación exacta de algunos hechos, y al juicio que debe formarse de algunos hombres.

Sentí admiración por el Libertador, y si al fin me rebelé contra su ideal de gobierno en Valencia, lo hice porque ya por error ó ya por acierto, me convencí de que su sistema político no convenía á la República de Colombia. Fuera de eso, yo le vi y estimé siempre como personaje portentosamente grande, y tan grande que todo lo que me cuentan de Napoleón, me parece poco cuando lo comparo con lo que Bolívar obró.

Napoleón, señores, estuvo rodeado por tenientes y subalternos, que, á ser cierto lo que sobre ellos se escribe y lo que yo he leído por allí en algunos libros, eran tan grandes como él, y sin duda los más grandes capitanes del mundo después de él. Kléber, Davoust, Moncey, Soult, Lannes, Massena, Ney, Murat y tantos otros, hubiera podido cada uno de ellos mover el mundo, volcar naciones y conquistar reinos, si él no se les hubiese anticipado y si no los hubiera dirigido. Todos eran obedientes y lo secundaban con inteligencia.

En cambio, el Libertador tenía á su lado á Mariño, á Píar, á Juan Gómez, á Saraza, á Infante, á Vargas, á Maza y á otros sujetos por el estilo. Dominar aquella gente, someterla y hacerla servir útilmente al plan que se proponía, como señor omnipotente de todas las voluntades, á eso llamo yo grandeza y á eso llamo genio.

Para que ustedes se convenzan de la importancia que tiene lo que les digo, agregaré, añadió el ilustre llanero, que á nosotros los subalternos solían acontecernos amargos trances para poder ser dueños y señores de los hombres que nos estaban encomendados.

Veán ustedes lo que me pasó en el Alto Llano. Estábamos en la época de la guerra á muerte, nuestro ejército había sido casi diezmado por los españoles y sus restos dispersos vagaban por aquellas soledades buscando punto de reunión para emprender nuevas campañas.

Me había quedado un esquadron corto en número, pero compuesto de verdaderos leones. Leones tal vez no es la palabra propia, digamos tigres, porque á infinito valor unían infinita ferocidad. Eso de la ferocidad era un inconveniente; pero en fin, yo tenía necesidad de ellos y con ellos iba.

Una noche de verano tuve urgencia de mover el campo y emprendí marcha por aquellos desiertos, que como ustedes no ignoran, forman extenso territorio en que se presenta, ahora una mata de monte, ahora un río caudaloso, luego un caño de difícil vado y después un calor sofocante, un pajonal intransitable, una venenosa serpiente ó un leopardo voraz.

Antes de emprender camino reuní mi gente y le dije: “Camaradas: esta noche vamos á tal parte; ustedes saben que los españoles nos salen de un matorral cuando menos lo esperamos; que somos pocos y que si nos vemos en el caso de pelearles una batalla,

seremos probablemente vencidos y muertos en seguida, porque ni nosotros ni ellos damos cuartel." Es preciso, pues, andar en silencio y en silencio sepulcral.

En efecto, esta y otras precauciones que yo tomaba, eran imperiosamente exigidas por la situación. Que los enemigos nos caían de golpe, como cae un rayo, bien lo probaba lo sucedido en Matalamiel, donde D. Simón se salvó por milagro, y que estábamos en ocasiones de espionaje, de asechanzas, de sorpresas y de asaltos, y que teníamos que combatir de día, de noche, á todas horas y á cada momento, bien se conoce por la narración histórica de nuestra guerra.

Dije, pues, á mi escuadrón que debíamos marchar en silencio sepulcral, me coloqué á la cabeza de él y rompí á andar.

Entre muchos jefes y soldados casi inmanejables que llevaba en mi compañía, estaban Castejón, Ramos, Pérez, Reyes, Infante, Gómez y otros más, cuyos nombres no recuerdo en este momento.

Habríamos andado trecho de media legua, cuando escuché un leve susurro hacia la retaguardia, como si fuera ocasionado por dos personas que hablasen en voz baja. Un momento después el susurro se convirtió en conversación clara y distinta, en que noté las voces de Castejón y Pérez; y como levantasen más el tono, me persuadí de que disputaban entre sí y que se insultaban con acrimonia.

Detuve entonces mi caballo, mandé hacer alto á la tropa y dije en voz alta: "Silencio, señores", y obedecieron.

Seguí andando; pero no bien había avanzado doscientos pasos, cuando percibí que la disputa se empeñaba de nuevo, más ruidosa, más cruda y más agresiva.

Me detuve otra vez, y con un grito imperioso y decisivo mandé nuevamente que se hiciera silencio y que se anduviese con orden.

Seguí avanzando; pero el escuadrón tras de mí; mas pasado poco rato, la contienda entre los dos oficiales se entabló de nuevo, y esta vez con exclamaciones, insultos y denuestos que ensordecían.

La cólera se apoderó de mí; el furor me invadió repentinamente; volví con rapidez mi caballo; llegué cerca de los que disputaban, y encarándome con Castejón que parecía ser el más hostil, el más insubordinado y el que seguía insultando al otro, aún en mi presencia, le dije con voz de trueno: "He mandado hacer silencio; calle usted".

—No quiero callar, me contestó.

Entonces, en el frenesí de la rabia más espantosa que haya tenido jamás, salté de mi caballo y cuando puse los pies en tierra, yá tenía mi espada fuera de la vaina.

—Bájate, Castejón, dije al llanero.

—¿Y por qué he de bajarme? me respondió colérico.

—Porque voy á matarte ahora mismo, infame, contesté.

No bien pronuncié estas palabras cuando yá el valeroso y temerario mulato estaba en tierra, desenvainando su sable y en guardia.

Los soldados del escuadrón enmudecieron, atendiendo sin duda á la solemnidad del momento. La luna alumbró el campo, y Castejón y yo entrámos en combate.

Como no habíamos aprendido el uso de la espada en un salón de esgrima, poco entendíamos de terciá ni de quinta ni de fianconada. Sabíamos solamente irnos á fondo con intención de matar, y sin

otras precauciones para no ser heridos, que las que da el instinto de la propia conservación.

Tres ó cuatro cuchilladas nos habíamos tirado sin hacernos daño, cuando, ó porque yo entendiese un poco más en el manejo de las armas que mi competidor, ó por casualidad, fue lo cierto que á uno de mis golpes, el acero de mi contrario, voló alto en el aire, dando vueltas y reflejando en su lámina la luz plateada de la luna.

Al ver así á mi antagonista, clavé la punta de mi espada en el suelo, para darle tiempo á que empuñara de nuevo su sable.

No hizo lo que yo esperaba, y sin atender á que yo estaba armado y á que podía matarlo instantáneamente y en el puesto, abrió los brazos y con furor de pantera se lanzó sobre mí.

Al ver lo que hacia solté la espada y con los brazos abiertos, como él, esperé tranquilo.

Enlazados el uno con el otro, como suelen enlazarse dos corpulentos troncos en el bosque por medio de rígidos bejucos, quedámos aquel hombre y yo, como si nuestros dos cuerpos no formasen más que uno. La fuerza con que nos estrechámos debió ser tan violenta, que sentí alguna cosa parecida al rompimiento simultáneo de mis costillas ó al estallido repentino de mi cabeza. Castejón por su parte quiso tomar aliento y respirar; pero en vez de lograrlo, rugió como una fiera en agonía.

Ensayámos mutua y alternativamente algunos movimientos de flanco y otros hacía adelante y hacía atrás, hasta que por fin, favorecido por mi mayor pericia en el arte de luchar, logré envolver una de las piernas de Castejón en otra de las mías, empujarlo hacia atrás, retorcirlo con violencia y aterrarlo.

Cuando aquel hombre estuvo en el suelo y debajo de mí, logré, no sin dificultad, empuñar sus dos brazos, cruzarle sus dos manos sobre el pecho, hincar una de mis rodillas sobre ellas y sacar mi puñal.

Parecíame tener bajo mis plantas un león embravecido. Aquel hombre estaba verdaderamente espantoso, movido por la ira.

Aprovechando la ventaja adquirida, blandí mi puñal, cercano á su corazón y le dije:

- Ríndete, Castejón:
- No me rindo, contestó.
- Ríndete, miserable.
- No me rindo.
- Ríndete ó te mato.
- Máteme, General, no me rindo.

Entonces me puse de pies, empuñé mi espada y le dije:

- Recobra tu arma, y acabemos de una vez.
- Nó, mi General, estoy vencido, me respondió.

“A caballo”, dije, y dirigiéndome al escuadrón: “En marcha, camaradas”, y seguimos adelante.

El silencio de aquella noche no fue turbado por voz humana, y algunos de aquellos soldados me sirvieron después en las “Queseras del Medio”.

MANUEL URIBE A.